

PUERTO RICO

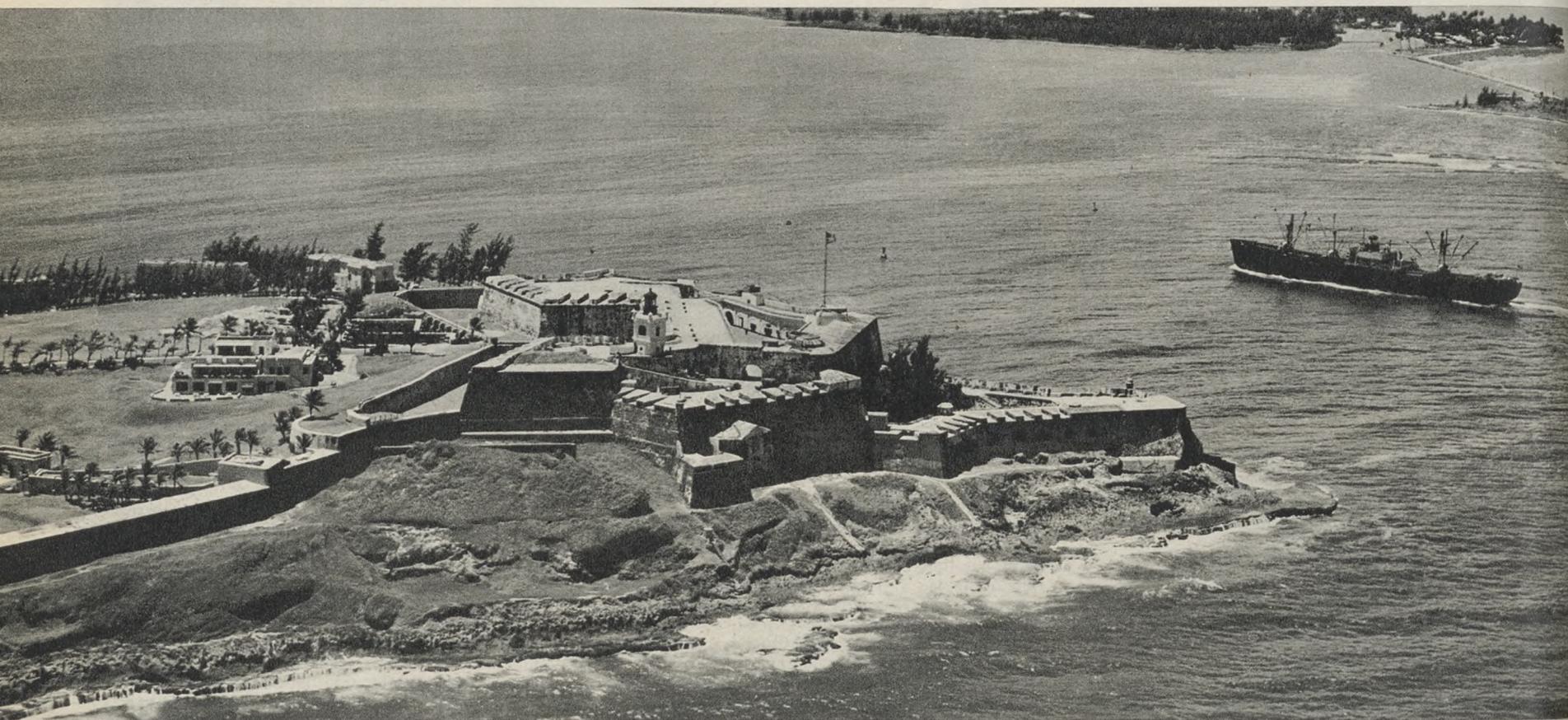
# LAS MURALLAS DE SAN JUAN

Por ERNESTO LA ORDEN MIRACLE

**E**l capitán de la española Infantería y doctor en Historia don Juan Manuel Zapatero y López de Anaya, erguido sobre las murallas, casi a pico sobre el mar, peroraba con el entusiasmo de un vidente en aquella mañana cálida y azul de Puerto Rico. Estábamos en lo alto del «Caballero San Miguel», sobre la mole pétreo del castillo de San Cristóbal, volviendo nuestros ojos hacia los cuatro vientos, sobre la tierra y sobre el mar. Se distinguían, uno por uno, todos los baluartes septentrionales de las murallas de San Juan, recortados sobre las rocas y el Océano, y al fondo se divisaba el fuerte de San Felipe del Morro, levantando su masa amarillenta sobre el glacis verde de un campo de golf. El fuerte soplo de la brisa cubría de espuma los arrecifes allá abajo y hacía temblar de inspiración al capitán Zapatero, allá en lo alto, como si fuese una bandera.

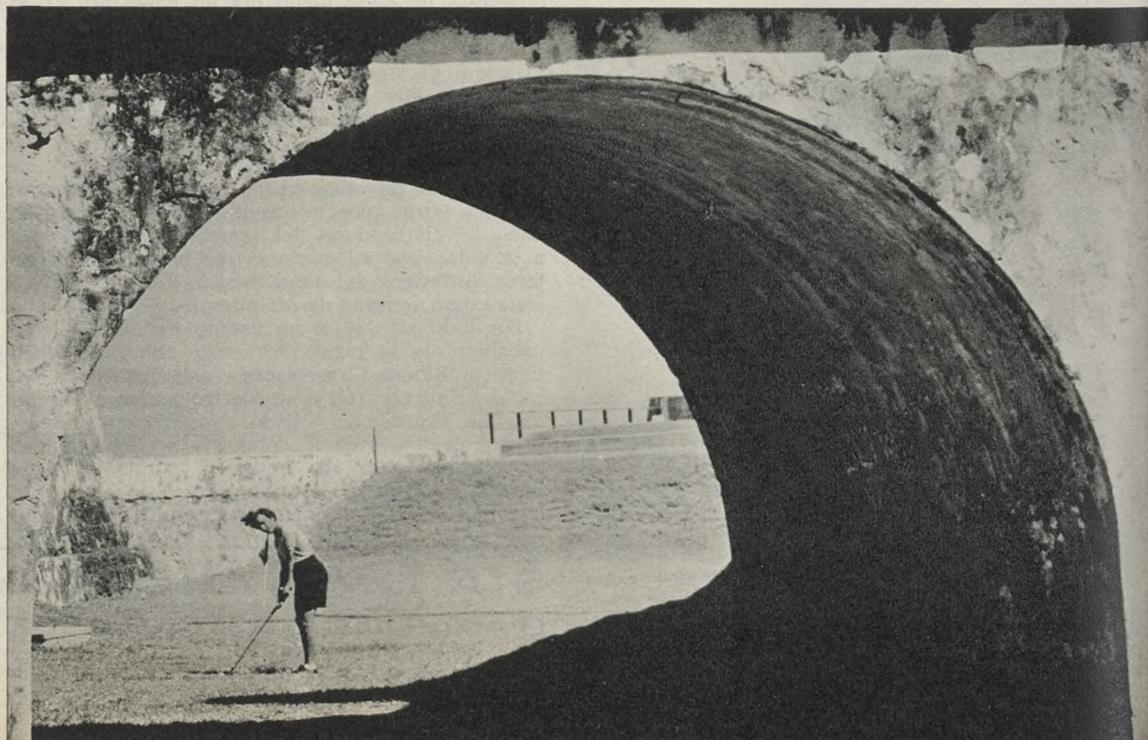
Valía la pena aquel rapto de emoción. Doce años de estudio sobre los archivos de ultramar en nuestro Servicio Histórico Militar, aprendiéndose de memoria todos y cada uno de los planos de los castillos españoles en América—desde la Florida y las Antillas hasta la Tierra Firme, el Pacífico y el Plata—, recibían aquella mañana su primera comprobación en la realidad, la transformación de los dibujos pálidos en macizos volúmenes, en baluartes y baterías, en troneras y garitas bajo el sol.

«Este es el primitivo fuerte de San Cristóbal, que se construyó en los primeros años del si-



glo XVII, bajo la dirección de Sancho Ochoa, para defender la ciudad por la parte de tierra, tal como el Morro la defendía por el mar.» «Esos baluartes y revellines de San Carlos y la Trinidad fueron añadidos entre 1766 y 1779, según los planos del mariscal de campo O'Reilly, realizados por el ingeniero militar Tomás O'Daly, para reforzar y adelantar las defensas de San Cristóbal, comprometidas por un *padrastro* o cerro que ahí había.» «Mirad todavía más lejos los fuertes de Santa Teresa y la Princesa, avanzados sobre una playa que podía facilitar un desembarco, y ese otro curioso fortín llamado "El Abanico", construido en 1781 por el sucesor de O'Daly, el teniente coronel de Ingenieros don Juan Francisco Mestre, según el sistema del ingeniero francés Trincano, para dominar definitivamente los accesos de la plaza fuerte desde tierra. Entre estos fuertes y el castillo de San Cristóbal propiamente dicho se trazaron sendos sistemas de comunicaciones cubiertas y unas cortaduras, según el sistema de Sala, cuyos restos son visibles entre la alta hierba y las modernas construcciones.» «Allá abajo, más o menos donde ahora está el Instituto de Cultura Puertorriqueña, se alzaba el gran revellín del Príncipe, custodio de las Puertas de Tierra y de Santiago, que abrían el camino real hacia el Puente de San Antonio y el Hato del Rey, más o menos por las actuales avenidas de Ponce de León y Fernández Juncos.» «Un poco más lejos estaba el baluarte de Santiago, junto

Arriba: Vista aérea del castillo del Morro de Puerto Rico.—Abajo: Deporte junto al puente.—A la derecha, las monjas del Hospital de la Concepción tremolan la bandera española, saludando la entrada del «Virginia de Churruca». Preparativos de golf en la arena del Castillo y vista aérea de San Juan.





al teatro Principal, que todavía subsiste, en el ángulo de las murallas sobre la bahía, zona que fué destruída en 1897 para permitir el ensanche de la ciudad.»

Ante las preguntas de Ricardo Alegría, director del Instituto de Cultura Puertorriqueña, y las de Julio Marrero, historiador del Morro, el capitán Zapatero nos iba revelando los secretos de la construcción y de la historia de los castillos españoles de Puerto Rico. Se conocía como su casa propia todos los rincones y los subterráneos de la inmensa fortificación, sin haberlos visto nunca más que en los planos de los ingenieros españoles de los siglos XVII y XVIII, admirablemente trazados, eso sí. Hablaba el capitán Zapatero con pleno dominio científico y con una contenida pero ardiente emoción patriótica. Su entusiasmo se nos contagiaba, bajo el incedio del sol, al grupo de amigos que le acompañábamos en lo alto del «Caballero San Miguel».

#### MURALLAS IMPERIALES Y CATOLICAS

Y es que era hermoso realmente sentir bajo nuestros pies, en aquellas pétreas estructuras, el latir de cuatro siglos de imperio y de cristiandad. España fué a América principalmente por móviles religiosos, admirablemente conjugados con la función política y la colonizadora, en su arquitectura de Estado-misión. Sus dominios estuvieron siempre bajo la advocación de Dios y de sus santos. Por eso las fortificaciones de San Juan de Puerto Rico, como casi todas las demás de América y de España, reúnen en los nombres de sus baluartes a una buena parte de la corte celestial.

Estábamos en San Miguel, que es el arcángel más alto, coronando a San Cristóbal, que es el mejor mozo de los santos conocidos. A nuestro lado estaban San Carlos, la Trinidad y Santa Teresa. Desde San Cristóbal hasta el Morro, que pertenece a la advocación de San Felipe, corrían los baluartes de San Sebastián, Santo Tomás, las Animas, Santo Domingo, Santa Rosa y San Antonio. En el Morro existen los bastiones de Santa Bárbara y Santa Teresa, ésta por segunda vez, prolongados luego por los baluartes de Santa Elena y San Agustín, para llegar al de Santa Catalina, que era la Real Fortaleza, y al de la Concepción, también llamado de las Monjas. Siguen en pie, frente a la bahía, los bastiones de San José o de las Palmas y de San Justo. Allí abajo, en la Puntilla, estuvo la batería de Santo Toribio, y al otro lado de la boca del Morro se alza el castillete del Cañuelo, cuyo verdadero nombre es el de San Juan de la Cruz. San Jerónimo y San Antonio dieron sus nombres a los dos fortines avanzados de la primera línea de defensa por tierra, junto a la laguna del Condado, cerca de la cual existía también, por cierto, la batería de San Ramón. Es lástima que los derribos de 1897 destruyeran el gran baluarte esquinero de nuestro patrón Santiago; pero el anillo sacro-castrense de la ciudad está todavía casi entero, erizando sus murallas con nombres de santos, a modo de una artillería celestial.

Y como no se cree de veras en Dios si no se cree también en el demonio, el mismísimo diablo no podía faltar en nuestras católicas murallas. El pueblo coloca la leyenda de una garita del Diablo en el castillo de San Cristóbal, en un resto del antiguo fuerte del Espigón, construído



en el siglo XVII, y que quedó sin función táctica en las reformas de finales del siglo XVIII. Aquella garita tétrica, perpetuamente en sombras, merece la leyenda popular; pero el capitán Zapatero le quita su nombre luciferino y se lo da a una batería emplazada en el castillo de San Felipe. En todo caso el diablo sigue en las murallas, como Dios manda.

#### OBRA DE TRESCIENTOS AÑOS Y DEL «SITUADO» DE MEXICO

«A Dios rogando y con el mazo dando», dice un españolísimo refrán. Junto a las oraciones y encomiendas de su fe cristiana, España supo usar en todo tiempo de los mejores recursos de los artilleros y los ingenieros militares. El Caribe era el tendón de Aquiles del Imperio español en América, y Puerto Rico era la llave del Caribe. Había que defender a San Juan, tanto o más que a Santo Domingo, La Habana o Cartagena de Indias, contra los ataques de los ingleses y los holandeses. Tenía que convertirse San Juan en una plaza fuerte de primer orden, en una «ciudad murada», como se titula el libro del buen historiador Adolfo de Hostos.

Y así se hizo durante más de trescientos años. Las defensas de la ciudad comenzaron en 1533, construyéndose la Real Fuerza o Fortaleza de Santa Catalina a la manera de un castillo medieval, todavía con una torre del homenaje almenada. Hacia 1540 se construyó otra torre parecida sobre la punta del Morro, pero solamente en 1591 el capitán Pedro de Salazar emprendió las obras del castillo del Morro propiamente dicho, de acuerdo con los planos trazados por Juan Bautista Antonelli y Juan de Tejeda en 1589, en el curso del gran viaje de estudios que hicieron por orden de Felipe II. Durante todo el siglo XVII y el XVIII continuaron las obras de mejora en el Morro y otros lugares; pero fué en 1765 cuando el gran «rey-albañil» Carlos III decidió el plan completo de las fortificaciones de San Juan, sobre los proyectos del mariscal de campo Alejandro O'Reilly y el jefe de Ingenieros Tomás O'Daly. Nombres irlandeses, por cierto, que demuestran los vastos recursos del Ejército español de aquella época. O'Reilly y O'Daly redondearon las formidables defensas de la ciudad, utilizando al efecto durante más de veinte años muchos millones de pesos de plata mexicana, procedentes del que se llamó «El Real Situado», especie de maná que sustentó durante mucho tiempo a Puerto Rico. Aún continuaron las obras bajo la guía de Juan Francisco Mestre y Felipe Ramírez, sobre todo en las llamadas «segunda» y «primera» línea de la plaza, hasta el extremo de la isleta de San Juan. Todavía en 1896 se remodelaron muchos bastiones, acomodándolos a los emplazamientos de la artillería moderna, y se construyeron cuarteles, hospitales, polvorines y depósitos de todo tipo, hasta completar una de las plazas fuertes más importantes del mundo.

Según Adolfo de Hostos, hacia 1850 el sistema defensivo de San Juan se componía de los siguientes elementos: una ciudadela, un castillo, seis fuertes, once baluartes, cuatro semibaluartes, tres revellines, ocho emplazamientos para baterías independientes, una contraguardía, cuatro polvorines, un muro de cerca de toda la ciudad, tres líneas defensivas, ocho casas de guardia y numerosos edificios militares complementarios. Todas estas construcciones y sus anejos ocupaban una superficie de cerca de 108 hectáreas (266 acres), mientras que la ciudad propiamente dicha apenas abarcaba la cuarta parte de esa extensión. Un cálculo aproximado fija en un mínimo de 400.000 metros cúbicos de piedra, arena y cal los empleados en la fortificación, sin contar los ingentes movimientos de tierras. Una obra realmente ciclópea para los recursos mecánicos de aquellas épocas. Otro cálculo que ofrece Hostos con detalle, basándose en los inventarios españoles de 1898, supone que en las fortificaciones de San Juan se invirtieron nada menos que ocho millones y medio de pesos duros, de aquellos duros españoles de plata de ley, a los que hoy tendríamos que añadir probablemente dos ceros.

#### INEXPUGNABLES SIEMPRE, INCLUSO EN 1898

Artilladas por todos los santos y por más de cuatrocientos cañones en el siglo XVIII—muchos menos, como es lógico, con la artillería moderna—, las murallas de San Juan resistieron victoriosamente todos los ataques a lo largo de tres siglos. Drake fué rechazado por las baterías del Morro en 1595. Los ingleses de Cumberland fueron vencidos en 1598 más bien por los santos que por la artillería, ya que tuvieron que abandonar la ciudad, después de conquistada, por obra



Pero no es ahora nuestro propósito recordar los hechos históricos de 1898. Baste decir que el Morro y San Cristóbal han tenido guarnición norteamericana hasta estos últimos años, aunque ya están abiertos al público parcialmente. En el llamado antes «Campo del Morro», y ahora Fort Brooke, se levantan varios edificios españoles del siglo XIX y bastantes casas modernas para la oficialidad. El terreno está convertido en un campo de golf, único en el mundo, puesto que abre sus hoyos entre baluartes dieciochescos, en un paisaje de palmeras tropicales y mar azul. Algunos edificios militares afean los baluartes del norte en la muralla; pero el conjunto de las fortificaciones de San Juan puede presentarse como un ejemplo de respeto histórico y de buena conservación.

Otro día hablaremos más despacio de todo esto; pero hoy debemos decir que el coronel John Womack Wright, jefe del Ejército americano en Puerto Rico desde 1936 a 1939, al que el Gobierno español condecoró con la cruz de Isabel la Católica, restauró, a costa de muchos miles de dólares, los baluartes socavados por el mar. Y que bajo el mando actual del general James Winsfield Couatts, todo el Campo del Morro está sostenido como un bellissimo parque histórico, cuya gema es el enorme castillo de San Felipe, acostado como un león sobre la boca de la bahía.

Cien mil personas visitan ahora cada año el castillo del Morro, conducidas no por vulgares cicerones, sino por un brillante cuerpo de historiadores del Servicio Nacional de Parques de los Estados Unidos, que estudian cada día las fotocopias del Archivo de Indias para documentar sus explicaciones y preparan nuevos planes para la conservación y visita del grandioso monumento. Es que las murallas de San Juan son un monumento histórico y artístico de primer orden, solamente comparable en América al conjunto amurallado de Cartagena de Indias, en Colombia. Lo sabe el Servicio Nacional de Parques de los Estados Unidos, que va a invertir en los próximos años más de medio millón de dólares en un plan de conjunto. No lo ignora el Instituto de Cultura Puertorriqueña, que está creando un museo histórico en el fuerte de San Jerónimo y ha encargado varios trabajos al erudito capitán Zapatero. Lo intuyen los millares de marinos norteamericanos que visitan el Morro, mientras su escuadra está anclada en la bahía. Lo reconocen los centenares de turistas desembarcados de cualquier gran transatlántico. Lo ven y lo sienten los millares de niños de las escuelas puertorriqueñas, llevados por sus maestros en una solemne peregrinación para reconocer las huellas de su madre patria, España.

El álbum de firmas que se ofrece bajo la bóveda de la entrada del Morro registra, sobre todo, estas expresiones: «Maravilloso.» «Increíble.» «Me asombra la magnitud de esta obra.» Así es. Las piedras de las murallas de San Juan de Puerto Rico son el más elocuente testimonio de la grandeza imperial de España. El capitán Zapatero y yo, aunque llenos de asombro y hasta de orgullo, no pudimos escribir largas frases en el álbum de entrada del castillo del Morro. Sería porque nos temblaban algo las manos, porque se nos hacía un nudo en las gargantas, porque se nos apretaba un poco el corazón.

Arriba, a la izquierda: Angulos de los baluartes del norte de San Juan. Todavía las garitas de característica figura de la arquitectura militar española en América vigilan el horizonte del Caribe.—Centro, a la izquierda: Castillo de San Jerónimo, centinela del extremo oriental de San Juan para la defensa del Boquerón. Ante él se estrellaron en 1797 los efectivos ingleses de Abercromby.—Centro, a la derecha: El paso del Boquerón desde la punta del Condado, estratégico e histórico lugar, en el que se desarrollaron los más temibles acontecimientos de las invasiones enemigas contra Puerto Rico.—Abajo, a la izquierda: El castillo de San Felipe del Morro, primera edificación de Puerto Rico. En la cara del baluarte de Ochoa se conserva la lápida de bronce de las obras de 1606, ampliación de las fundacionales.—Abajo, a la derecha: El castillo de San Cristóbal, defensor del litoral del norte de San Juan. Levantado en el siglo XVIII sobre viejos cimientos del siglo anterior, fué épico testigo de la última batalla, librada en el año 1898.

Panorámica aérea de la ciudad antigua de San Juan de Puerto Rico. En primer término puede reconocerse el castillo del Morro. Detrás, la bahía y la ciudad nueva. Al fondo aparece el pico del Yunque.

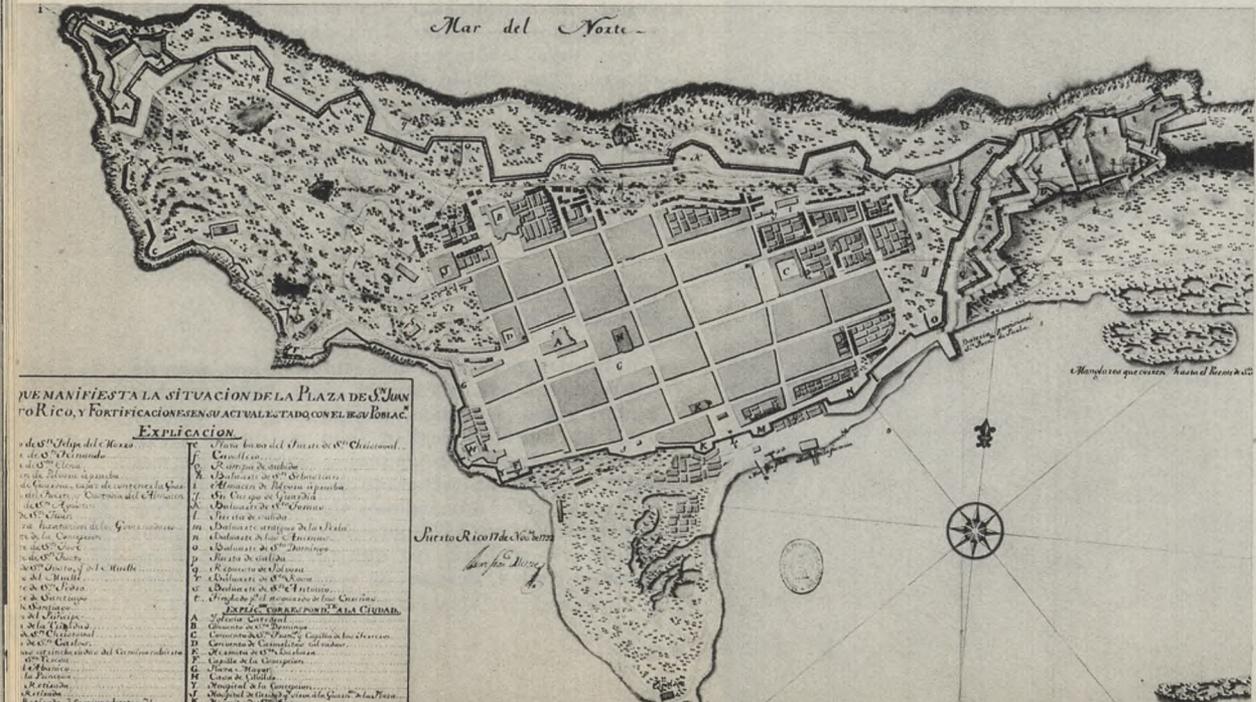
de una disentería que habrá que atribuir a alguna potencia celestial. Los holandeses de Boudewijn Hendricksz, con su flota de 17 navíos, ocuparon la ciudad, la Fortaleza y el Cañuelo, pero se estrellaron ante el Morro en 1625. En fin, los sesenta buques y los 7.000 hombres del almirante Harvey y el general Abercromby, que acababan de adueñarse de otra gran isla española, la de Trinidad, fracasaron en 1796 ante los cañones de San Antonio y San Jerónimo, sin llegar siquiera a presentarse ante los muros de San Cristóbal.

San Juan era inexpugnable, pero no solamente por sus murallas, sino también por la heroica decisión de sus habitantes, tanto los peninsulares como los criollos. Bien lo comprendió así Carlos IV, después de la defensa de 1796, cuando le

dió a San Juan el título de «Muy Leal», y ese lema que la ciudad sigue ostentando en su escudo: «Es muy noble y leal esta ciudad—por su constancia, amor y fidelidad.»

Terminaba el siglo XIX, y la bandera de España seguía flotando sobre los castillos más poderosos de América, artillados debidamente a la moderna. Fué necesario que estallara la guerra entre España y los Estados Unidos por causa de Cuba para que la supremacía naval se impusiera sobre el poderío terrestre, como tantas veces ha ocurrido en la Historia. Destruída la escuadra del almirante Cervera y comenzada la invasión de Puerto Rico por el sur de la isla, la plaza fuerte de San Juan fué entregada sin combate, aunque con todos los honores militares, en virtud de una cláusula de la paz que se firmó en París.

Este croquis ayuda a conocer en detalle la ciudad murada. La línea del sur marca las murallas que desaparecieron arrasadas en el año 1897. Viejas murallas que aún alzan en la Historia su señal heroica.



**QUE MANIFIESTA LA SITUACION DE LA PLAZA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO, Y FORTIFICACIONES EN SU ACTUAL ESTADO CON EL SEÑALAMIENTO.**

**EXPLICACION**

A. Plaza de San Juan de los Rios  
B. Plaza de San Juan de los Rios  
C. Plaza de San Juan de los Rios  
D. Plaza de San Juan de los Rios  
E. Plaza de San Juan de los Rios  
F. Plaza de San Juan de los Rios  
G. Plaza de San Juan de los Rios  
H. Plaza de San Juan de los Rios  
I. Plaza de San Juan de los Rios  
J. Plaza de San Juan de los Rios  
K. Plaza de San Juan de los Rios  
L. Plaza de San Juan de los Rios  
M. Plaza de San Juan de los Rios  
N. Plaza de San Juan de los Rios  
O. Plaza de San Juan de los Rios  
P. Plaza de San Juan de los Rios  
Q. Plaza de San Juan de los Rios  
R. Plaza de San Juan de los Rios  
S. Plaza de San Juan de los Rios  
T. Plaza de San Juan de los Rios  
U. Plaza de San Juan de los Rios  
V. Plaza de San Juan de los Rios  
W. Plaza de San Juan de los Rios  
X. Plaza de San Juan de los Rios  
Y. Plaza de San Juan de los Rios  
Z. Plaza de San Juan de los Rios